

El Prado secreto

La sensación es indescriptible cuando las dos gigantescas puertas metálicas se abren hacia los lados y de los ventanales del claustro brota la luz tamizada del cielo nublado. El asalto casi físico de la belleza era de esperar, pero la emoción es impredecible, incontenible, mareante. Algo así deben de sentir quienes acusan eso que llaman síndrome de Stendhal. Reina un silencio pacífico en el amplio espacio que se abre en torno a las cristalerías. Preside la escena un inmenso cuadro desnudo del Greco con todos sus rojos brillantes, sus azules profundos, sus impresionantes amarillos al aire. También sus heridas, que arañan los rostros, el cielo, los ropajes. Una mujer se inclina sobre el lienzo encaramada a una escalera metálica, ataviada con unas gafas como salidas de una película de ciencia ficción y un pincel finísimo como un bisturí que devuelve al presente.

Enrique Quintana suelta el dato clave cuatro horas después de entrar en sus dominios, desandando ya el laberinto de pasillos y ascensores camino a la salida, todavía con la belleza clavada en el corazón y en la boca del estómago y una ligera borrachera de datos, nombres y caras.

Lo dice de paso, como si no tuviera mayor importancia: "Fíjate si es único el taller de restauración del Prado que el Louvre, el museo más grande del mundo, no tiene taller propio". Presume de hazaña el coordinador jefe de restauración y documentación técnica del Museo del Prado y no es para menos, porque la pinacoteca madrileña oculta tras sus muros expositivos uno de los talleres de restauración más punteros del mundo.

De entre las puertas abiertas del montacargas emerge un hombre, José de la Fuente, su disciplina está en la perfecta intersección entre el arte y la ingeniería y necesita de ambos ingredientes. No, no es solo una suerte de maestro ebanista: "No basta con entender el material, hay que entender la pintura. Trabajo con cuadros", zanja. Sobre su mesa se extienden todo tipo de cachivaches, todos diseñados por él. Suyos son también unos peculiares tornillos articulados de nailon que emergen de un bastidor trenzado apoyado sobre un caballete. "Es para poder transportar los cuadros sin dañarlos. Este ingenio permite todo tipo de movimientos en la madera. El lienzo es casi un soporte inerte, pero la madera no lo es, se mueve con los cambios de humedad y eso lo hace mucho más frágil." Aun fascinados por la demostración técnica de un maestro exigente, cambiamos de escenario para recalar en el taller de escultura, donde Sonia Tortajada se encuentra inmersa en la limpieza de un retrato de Isabel de Portugal. "Esta joya del renacimiento estuvo en los jardines de Aranjuez sobre un suelo de tierra de albero, así que toda la parte de abajo estaba llena de salpicaduras de color naranja y este láser nos permite disparar en tres longitudes de onda y provocar un fenómeno que se conoce como fotoablación".

En julio, el taller de restauración del Prado inaugurará su último servicio, una cámara multispectral para profundizar al máximo en el estudio técnico de las obras. Tradición y vanguardia se darán de nuevo la mano en la trastienda del museo del Prado.